





*Emily*   
*la*  
*de Luna Nueva*



L. M. MONTGOMERY

*Emily*   
*la*  
*de Luna Nueva*

Traducción de  
ESTHER CRUZ SANTAELLA

Ilustraciones de  
SARA LAGO Y ANTONIO CUESTA



TOROMÍTICO

Título original: *Emily of New Moon*

© de la traducción ESTHER CRUZ SANTAELLA, 2014

© de las ilustraciones SARA LAGO Y ANTONIO CUESTA, 2014

© de esta edición EDICIONES EL TOROMÍTICO, S.L., 2014

Primera edición: septiembre de 2014

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Edición de JAVIER ORTEGA y ANTONIO CUESTA

Imprime: LINCE ARTES GRÁFICAS

ISBN: 978-84-15943-18-1

Depósito Legal: CO-1230-2014

Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

1. La casa de la hondonada.....	9
2. Una vigilia en la noche.....	17
3. Una extraña en la familia.....	28
4. Un cónclave familiar.....	42
5. Duelo de titanes.....	53
6. Luna Nueva.....	61
7. El libro del ayer.....	72
8. Prueba de fuego.....	88
9. Una providencia especial.....	100
10. Dolores en aumento.....	114
11. Ilse.....	123
12. El Campo de Tanacetos.....	132
13. Una hija de Eva.....	147
14. Alimento de lujo.....	157
15. Tragedias varias.....	164
16. Jaque a la señorita Brownell.....	177
17. Epístolas vivas.....	191
18. Padre Cassidy.....	204
19. Amigos otra vez.....	223
20. Por correo aéreo.....	228
21. «Romántico, pero incómodo».....	239
22. La Granja Wyther.....	251
23. Tratos con fantasmas.....	260
24. Un tipo distinto de felicidad.....	271
25. «Ella no pudo hacerlo».....	278
26. En la costa de la bahía.....	285
27. La promesa de Emily.....	297
28. Un tejido de sueños.....	316
29. Sacrilegio.....	329
30. Cuando se levanta la cortina.....	340
31. El gran momento de Emily.....	354



## LA CASA DE LA HONDONADA



La casa de la hondonada quedaba «a un kilómetro de cualquier sitio» o eso decía la gente de Maywood. Estaba situada en una pequeña cañada herbosa, aunque parecía que, en vez de haberse construido como el resto de las casas, hubiera crecido allí a modo de una gran seta marrón. Se accedía por un carril largo y verdo-so y quedaba casi oculta a la vista por una mata envolvente de abedules jóvenes. Desde sus tierras no se veía ninguna otra casa, aunque el pueblo estaba justo encima del monte. Ellen Greene decía que era el lugar más aislado del mundo y juraba que no habría permanecido allí ni un solo día de no haber sido porque le daba pena la chiquilla.

Emily no sabía que le daba pena a alguien y desconocía el significado de la palabra aislamiento. Ella tenía compañía de sobra. Estaba Padre, y también Mike y Saucy Sal; la Mujer Viento siempre rondaba por allí; y luego, los árboles: Adán y Eva, el Pino Gallo y todos los amables abedules plateados.

Además, tenía «el destello». Nunca sabía cuándo iba a aparecer y la posibilidad de que lo hiciese la mantenía siempre entusiasmada y expectante.

Emily se había escabullido en el frío anochecer para dar un paseo. Durante el resto de su vida recordaría ese paseo con todo detalle, quizá porque estuvo envuelto en una cierta belleza inquietante o porque apareció «el destello» por primera vez en se-

manas. Aunque lo más probable es que fuese por lo que ocurrió a su regreso.

Estaban a principios de mayo y el día se había presentado gris y frío, con amenaza de lluvia, aunque no cayó ni una gota. Padre se había pasado todo el día tumbado en el diván de la sala de estar, tosiendo mucho y sin hablar demasiado con Emily, algo muy poco usual en él. La mayor parte del tiempo estuvo tumbado con las manos juntas bajo la cabeza y los ojos —unos ojos grandes y hundidos, de color azul oscuro— fijos con una mirada ensoñadora y ciega en el cielo nublado que se veía entre las ramas de las dos grandes píceas del patio delantero: Adán y Eva. Las llamaban así por la caprichosa semejanza que Emily había hallado entre su disposición, con un manzano pequeño en medio de los dos, y la de Adán y Eva y el árbol de la ciencia en una pintura antigua de uno de los libros de Ellen Greene; el árbol de la ciencia tenía exactamente el mismo aspecto que el manzano pequeño y achaparrado y, a cada lado, Adán y Eva se alzaban con la misma firmeza y rigidez que las píceas.

Emily se preguntaba qué andaría pensando Padre, pero nunca lo molestaba con esas cosas cuanto estaba mal de la tos. Lo único que deseaba era tener a alguien con quien hablar, aunque ese día Ellen Green tampoco estaba con ánimos de charlar; no hacía más que refunfuñar y, cuando Ellen refunfuñaba, quería decir que algo la perturbaba. Había refunfuñado la noche antes, después de que el médico hablase a susurros con ella en la cocina, y también refunfuñó al darle a Emily un poco de pan con melaza a la hora de acostarse. A Emily no le gustaba el pan con melaza, pero se lo comió porque no quería herir los sentimientos de Ellen. No era frecuente que Ellen la dejase comer nada antes de irse a la cama y, cuando lo hacía, significaba que quería conferir un favor especial por algún motivo.

Emily esperaba que el ataque de refunfuños se le pasara durante la noche, como ocurría normalmente, pero no fue así, por lo que Ellen tampoco iba a servirle de compañía. De cualquier forma, su compañía nunca le servía de mucho. En una ocasión, Douglas Starr le había dicho a Emily en un arrebato de exaspe-

ración que «Ellen Greene era un trasto viejo, gordo y vago»; después de aquello, siempre que miraba a Ellen, Emily pensaba que la descripción le iba como anillo al dedo.

Así que Emily se hizo un ovillo en el viejo sillón orejero, cómodo y ajado, y pasó toda la tarde leyendo *El progreso del peregrino*. A Emily le encantaba *El progreso del peregrino*. Más de una vez había recorrido el sendero recto y estrecho con Cristiano y Cristiana, aunque las aventuras de Cristiana nunca le gustaron ni la mitad que las de Cristiano. Y eso era por un motivo: Cristiana siempre andaba rodeada de una muchedumbre. No desprendía ni la mitad de fascinación que la figura solitaria e intrépida que se enfrentaba completamente sola al Valle de Sombra de Muerte y al encuentro con Apolión. La oscuridad y los trasgos quedaban en nada cuando se tenía un montón de compañía. Pero en solitario... ¡Ay, Emily se estremecía solo de pensar en un terror tan exquisito!

Cuando Ellen anunció que la cena estaba lista, Douglas Starr le dijo a Emily que se fuese a comer.

—Esta noche no tengo apetito. Voy a quedarme aquí tumbado a descansar. Cuando vuelvas, tendremos una buena conversación, mi duendecilla.

Douglas le sonrió con esa preciosa sonrisa suya llena de amor que a Emily le había parecido siempre tan dulce. Durante la cena se mostró bastante contenta, aunque la comida no fuese muy buena; el pan estaba revenido y el huevo, mal cocido. Sin embargo, le habían permitido milagrosamente que Saucy Sal y Mike se sentaran con ella, uno a cada lado, y Ellen solo refunfuñó cuando Emily les dio unos trocitos de pan con mantequilla.

Mike estaba graciosísimo cuando se incorporaba sobre las patas traseras y agarraba los bocaditos con las patas y la baza de Saucy Sal era tocarle el tobillo de Emily de un modo casi humano cuando su turno tardaba demasiado en llegar. Emily los quería mucho a los dos, aunque Mike era su favorito; era un gato precioso de pelo gris oscuro, con unos ojos enormes como los de un búho, muy suave, gordo y peludo. Sal siempre estaba muy flaca; no había cantidad suficiente de comida para cubrirle de

carne los huesos. Emily la apreciaba, pero como era tan delgada nunca le apetecía acurrucarla ni acariciarla. Aun así, su belleza, en cierto modo extraña, atraía mucho a la niña: era una gata gris y blanca, muy blanca y muy acicalada, de rostro alargado, orejas muy largas y ojos muy verdes, además de una luchadora formidable que doblegaba de una tacada a los gatos forasteros. La intrépida fierecilla se atrevía incluso a atacar a perros y los derrotaba sin tregua.

Emily quería mucho a sus gatitos. Tal y como afirmaba con orgullo, los había «criado ella misma»; fue su maestra de la escuela dominical quien se los dio cuando eran solo unas crías.

—Un regalo vivo es de lo más bonito, porque con el tiempo se va haciendo más y más bonito —le dijo a Ellen.

De todos modos, estaba bastante preocupada porque Saucy Sal no había tenido gatitos.

—Es que no sé por qué no los tiene —se quejó a Ellen Greene—. La mayoría de las gatas tiene tantas crías que no sabe ni qué hacer con ellas.

Después de la cena, Emily vio que su padre se había quedado dormido y se alegró mucho, pues sabía que llevaba dos noches sin descansar mucho. No obstante, estaba algo decepcionada porque no fuesen a tener esa «buena conversación». Las buenas conversaciones con Padre eran siempre maravillosas, aunque un paseo serviría para sustituirla: un encantador paseo en soledad bajo la noche gris de la joven primavera. Hacía muchísimo tiempo que no salía a andar.

—Ponte la capota y procura venirte corriendo si empieza a llover —le advirtió Ellen—. Tú no puedes hacer el tonto con los resfriados como otros niños.

—¿Y por qué no? —preguntó Emily bastante indignada.

¿Por qué le tenían que prohibir «hacer el tonto con los resfriados» si otros niños podían? No era justo.

Ellen se limitó a refunfuñar.

—Eres un trasto viejo y gordo —masculló Emily casi en un susurro para su propia satisfacción.

Subió rápido las escaleras para coger la capota, aunque de

bastante mala gana, pues le encantaba corretear con la cabeza al aire. Con la capota azul descolorida se cubrió la trenza larga y gruesa de brillante pelo negro azabache y le lanzó una sonrisa afable a su reflejo en el espejito verdoso. La sonrisa le empezaba en las comisuras de los labios y se extendía por toda la cara de manera lenta, sutil y encantadora, según pensaba a menudo Douglas Starr; era la misma sonrisa de su madre muerta, la misma que hacía tanto tiempo lo había atrapado y capturado cuando vio por primera vez a Juliet Murray. Parecía ser la única herencia física que tenía Emily de su madre. En todo lo demás, creía él, era como los Starr: los ojos grandes de color gris purpúreo, las pestañas larguísimas y las cejas negras, la frente blanca y grande (demasiado como para resultar bonita), la forma delicada de su pálida cara ovalada y su sensible boca, y las orejas menudas un pelín puntiagudas, lo justo para demostrar su parentesco con las tribus de la tierra de los duendes.

—Voy a dar un paseo con la Mujer Viento. Ojalá pudieras vernirte. ¿Sales alguna vez de esta habitación? La Mujer Viento va a estar en los prados esta noche. Es alta y neblinosa, con ropas finas, grises y sedosas que flotan a su alrededor, y tiene alas de murciélago (aunque se puede ver a través de ellas) y ojos brillantes como estrellas que miran desde el otro lado de su pelo largo y suelto. Sabe volar, pero esta noche caminará conmigo por los prados. La Mujer Viento es muy buena amiga mía, la conozco desde que tengo seis años. Somos muy, muy amigas. Aunque no tanto como tú y yo, pequeña Emily del Espejo. Nosotras somos amigas desde siempre, ¿verdad?

Tras lanzarle un beso a la pequeña Emily del Espejo, la Emily de Fuera del Espejo se marchó.

La Mujer Viento la esperaba fuera, ondulando las briznas de hierba cinta que sobresalían rígidas desde el lecho que quedaba bajo la ventana de la sala de estar; agitando las grandes ramas de Adán y Eva; susurrando entre los tallos verdes neblinosos de los abedules; y peinando el Pino Gallo, que estaba detrás de la casa y parecía un gallo de verdad, enorme y ridículo, con una cola gigante y arracimada y la cabeza echada hacia atrás para cacarear.

Emily estaba medio loca de alegría, pues llevaba mucho tiempo sin ir de paseo. El invierno había sido tan tormentoso y la nieve, tan profusa, que no le habían permitido salir ningún día, y abril fue un mes de lluvia y viento, así que esa noche de mayo se sentía como una presa a la que dejaban en libertad. ¿Dónde podía ir? ¿A recorrer el arroyo o a la llanura de las píceas atravesando los prados? Emily eligió lo segundo.

Le encantaba la llanura de las píceas, apartada en el rincón más lejano del largo pastizal en cuesta. En aquel lugar se obraba la magia. Allí entraba en contacto con su herencia de hada más plenamente que en ninguna otra parte. Nadie que viese a Emily revoloteando por el campo desnudo la habría envidiado. Era una niña menuda y pálida e iba mal vestida; a veces temblaba con aquella chaqueta tan fina. Aun así, una reina habría dado gustosa su corona por tener las visiones de Emily, esos sueños suyos tan maravillosos. Por debajo de sus pies, la hierba marrón cubierta de escarcha parecía un montón de terciopelo. La vieja pícea medio muerta con el tronco retorcido y llena de musgo bajo la que se detuvo un instante a mirar el cielo era una columna de mármol en un palacio de los dioses, y los montes oscuros y lejanos, las murallas de una ciudad maravillosa. A Emily le hacían compañía todas las hadas del campo; allí sí podía creer en ellas: las hadas del trébol blanco y de las candelillas sedosas, la gentecilla verde de la hierba, los duendes de los abetos jóvenes y los trasgos del viento, los vilanos y los helechos silvestres. En aquel lugar, cualquier cosa era posible... Todo podía hacerse realidad.

La llanura era además un sitio espléndido para jugar al escondite con la Mujer Viento. Cuán real se mostraba allí. No había más que saltar lo bastante rápido en torno a un grupito de píceas (cosa siempre imposible) para poder verla, además de sentirla y oírla. Allí estaba: aquello era el barrido de su manto gris; ah, no, si andaba riéndose en la copa de los árboles más altos; y entonces, la búsqueda empezaba de nuevo. Hasta que, de golpe, era como si la Mujer Viento se hubiera marchado y la noche quedaba bañada en un silencio maravilloso. Al oeste se abría una fisura re-

pentina en las nubes cuajadas y aparecía un precioso lago pálido, verde rosáceo, que era el cielo con una luna nueva.

Emily se levantó a contemplar aquello con las manos entrelazadas y la cabecita de pelo negro echada hacia atrás. Tenía que irse a casa y escribir una descripción en su diario amarillo, en el que lo último que aparecía era la *Viografía<sup>1</sup> de Mike*. Aquella belleza le dolería hasta que la pusiera por escrito. Después se lo leería a Padre. No debía olvidar cómo las copas de los árboles del monte surgían cual fino encaje negro en el horizonte del cielo verde rosáceo.

Entonces, durante un momento glorioso y supremo, apareció «el destello».

Pese a llamarlo así, a Emily le parecía que el nombre no le hacía justicia. Era algo que no conseguía describir ni siquiera a su padre, a quien le resultaba algo desconcertante. Emily no le hablaba de ello a nadie más.

Desde que alcanzaba a recordar, Emily siempre tuvo la impresión de estar muy, muy próxima a un mundo de belleza maravillosa. De ese mundo solo la separaba una cortina muy fina que nunca lograba descorrer, pero que, a veces, durante un instante, se agitaba con el viento, y entonces era como si Emily percibiese un atisbo de aquel reino encantador —solo un atisbo— y oyera una nota de música sobrenatural.

Ese momento se presentaba raras veces, pasaba muy rápido y la dejaba sin aliento ante el deleite inenarrable que le suscitaba. Nunca conseguía recordararlo, ni evocarlo ni representarlo, pero lo maravilloso del fenómeno permanecía con ella días. Nunca surgía dos veces por lo mismo. Esa noche lo habían provocado las ramas oscuras sobre el cielo a lo lejos, pero se había presentado antes con una nota alta y feroz del viento en la noche, con una oleada de sombras sobre un sembrado listo para la cosecha, con un orugero que se posaba en el alféizar de su ventana un día de

---

1 Emily comete a menudo errores de ortografía, gramática y puntuación. En la presente edición se han mantenido, como estaba en el propósito de Lucy Maud Montgomery, la autora. (N. del E.)

tormenta, con un cántico en la iglesia, con un atisbo del fuego de la cocina al llegar a casa una noche oscura de otoño, con el color azul de los espíritus que adoptaban las manos heladas sobre la hoja de una ventana en el crepúsculo, o con la ocurrencia de una nueva palabra afortunada mientras escribía alguna descripción. Y todas las veces que le llegaba el destello, Emily sentía que la vida era maravillosa y misteriosa, de una belleza permanente.

Se apresuró de vuelta a la hondonada en el anochecer incipiente, deseosa de llegar a casa y escribir su descripción antes de que la imagen de lo que había visto se hiciese borrosa en su memoria. Sabía cómo iba a empezar; era como si la frase hubiera tomado forma en su cabeza: «El monte me llamaba y algo en mí respondía a su llamada».

Se encontró a Ellen Greene esperándola en el umbral hundido de la entrada principal. En aquel momento, Emily se sentía tan llena de felicidad que amaba todas las cosas, incluso los trastos gordos. Rodeó las rodillas de Ellen con los brazos y apretó con fuerza. Ellen miró con tristeza esa carita embelesada que la excitación había prendido con un leve rubor de rosas silvestres y dijo en un hondo suspiro:

—Sabes que a tu padre le quedan solo un par de semanas, ¿verdad?

## UNA VIGILIA EN LA NOCHE



Emily levantó la mirada hacia el rostro ancho y colorado de Ellen, muy quieta, tanto como si de repente la hubiesen convertido en piedra, y es que así era como se sentía. Estaba tan atónita que parecía que Ellen le hubiera propinado un golpe físico. El color se le desvaneció de la carita y las pupilas se le dilataron hasta que se tragararon los iris y convirtieron sus ojos en estanques de negritud. El efecto fue tan impactante que incluso Ellen Greene se sintió incómoda.

—Te lo cuento porque creo que ya era hora. Llevo meses detrás de tu padre para que te lo diga, pero nunca ve el momento. No he dejado de decirle: «Mire que ya sabe lo mal que se toma las cosas la niña, y que si se lo suelta de sopetón un día la va a matar. Tiene que ocuparse de prepararla». Y él no dejaba de responderme: «Hay tiempo, Ellen, hay tiempo». Pero no te ha dicho ni mu y, cuando el médico me contó anoche que el final puede llegar en cualquier momento, pues me decidí a hacer yo lo que había que hacer y soltarte algo para que te hicieras el cuerpo. Es ley de vida, niña, no te pongas así. Tendrás gente que te cuide. Los parientes de tu madre se harán cargo, aunque sea por cuenta del orgullo de los Murray, si no por otra cosa. No dejarán que alguien de su sangre se muera de hambre ni se críe con extraños, por mucho que siempre hayan odiado a tu padre más que a nada en este mundo. Vivirás bien, mejor de lo que has vivido aquí nunca. No

te preocupes por nada de eso. Y por tu padre, pues deberías dar las gracias de verlo descansar. Lleva cinco años muriéndose poco a poco. A ti te lo ha estado ocultando, pero ha sufrido mucho. La gente dice que se le rompió el corazón cuando murió tu madre... Es que fue tan repentino... Solo estuvo mala tres días. Y por eso yo quiero que sepas lo que se te viene encima, para que no te descompongas cuando ocurra. Por el amor del cielo, Emily Byrd Starr, no te quedes ahí mirándome así. Me estás dando repelús. No eres la primera niña que se queda huérfana y no vas a ser la última. Sé razonable, anda. Y mucho cuidado con ir ahora a fastidiar a tu padre con lo que te he dicho. Venga, entra y quítate de la humedad, que luego te doy una galleta antes de que te acuestes.

Ellen bajó el escalón como para coger a la niña de la mano. Emily recobró entonces el poder de la movilidad y se habría puesto a chillar si Ellen la hubiese tocado en ese momento. Con un leve grito amargo, agudo y repentino esquivó la mano de la mujer, salió como un rayo hacia la puerta y voló escaleras arriba en la oscuridad.

Ellen sacudió la cabeza y regresó a la cocina.

«Sea como sea, yo he hecho lo que tenía que hacer», reflexionó. «Él habría seguido diciendo “hay tiempo de sobra, hay tiempo de sobra” y lo habría pospuesto hasta que se hubiera muerto y entonces no hubiese habido manera de manejarla. Ahora tendrá tiempo para hacerse a la idea y, en un par de días, se habrá recompuesto. Hay que decir que la niña tiene coraje, y menos mal, por lo que he oído de los Murray. No les va a ser fácil dominarla. También tiene una vena de orgullo de los Murray que le va a servir de mucho. Ojalá me atreviese a mandar aviso a los Murray de que se está muriendo, pero no voy a llegar a tanto. Cualquiera sabe lo que haría él. Bueno, yo me he quedado aquí hasta el final y no me arrepiento. No muchas mujeres habrían hecho lo mismo, viviendo como viven ellos aquí. Es una pena cómo se ha criado a esa niña... Ni a la escuela ha ido. Bueno, yo le he dicho muchas veces a él lo que pensaba, así que no me pesa en la con-

ciencia, eso es un alivio. Tú, Saucy Sal, largo de aquí, bicho. ¿Y dónde anda Mike?

Ellen no encontraba a Mike por la sencilla razón de que estaba arriba, con Emily, que lo tenía apretado con fuerza entre sus brazos mientras permanecía sentada en su camita, en la oscuridad. Mezclado con su agonía y desolación sentía un cierto consuelo en el tacto de aquella piel suave y esa cabeza redonda aterciopelada.

Emily no estaba llorando; tenía la mirada fija en la oscuridad y trataba de asimilar aquello tan horrible que Ellen le había contado. No tenía ninguna duda, algo le decía que era verdad. ¿Por qué no podía morirse ella también? Le sería imposible seguir viviendo sin Padre.

—Si yo fuese Dios, no dejaría que pasaran estas cosas —aseguró la niña.

Sintió que estaba muy mal decir algo así. Ellen le había asegurado una vez que lo peor que podía hacer alguien era encontrarle faltas a Dios. Pero no le importaba. Quizá si era lo bastante mala, Dios le asestaría un golpe mortal y entonces ella y Padre seguirían estando juntos.

Pero no ocurrió nada, aparte de que Mike se cansó de que lo agarrasen tan fuerte y se liberó del abrazo. Entonces, Emily se quedó sola con ese horrible dolor que la quemaba y parecía cubrirla entera, pese a no ser un dolor físico. Nunca pudo deshacerse de él. No logró aliviarlo escribiendo sobre él en el viejo diario amarillo. Ahí había escrito sobre la marcha de su maestra de la escuela dominical, sobre el hambre que pasaba cuando se iba a la cama y sobre cuando Ellen le decía que tenía que estar medio loca para hablar de Mujeres Viento y destellos. Después de haberlas escrito, todas esas cosas habían dejado de dolerle. Pero sobre esto no podía escribir. Y ni siquiera podía buscar consuelo en su padre, como cuando se hizo aquella quemadura tan grave en la mano al coger por error el atizador al rojo vivo. Entonces Padre la tuvo toda la noche entre sus brazos, contándole historias y ayudándola a sobrellevar el dolor. Pero Padre, como había dicho Ellen, se iba a morir en un par de semanas. Emily tenía la impresión de que Ellen se lo había contado hacía años. De ninguna

manera podía haber pasado menos de una hora desde que había estado jugando con la Mujer Viento en la llanura, contemplando la luna nueva en el cielo verde rosáceo.

«El destello no aparecerá nunca más... es imposible», pensó.

Sin embargo, Emily había heredado ciertas cosas de sus refinados ancestros: la fuerza para luchar, sufrir, sentir compasión, amar profundamente, regocijarse, sobrevivir. Las albergaba todas dentro de ella, y todas miraban al exterior a través de sus ojos color gris púrpúreo. En aquel momento, la capacidad de supervivencia que había heredado salió en su ayuda y la hizo aguantar. No debía dejar que Padre supiera lo que Ellen le había contado; quizá eso le hiciera daño. Tenía que guardárselo todo y darle a Padre amor, mucho amor, en el poco tiempo que le quedaba a su lado.

Lo oyó toser en la habitación de abajo. Para cuando él subiese, debía estar ya acostada; se quitó la ropa todo lo rápido que sus fríos dedos le permitieron y se metió en la cama, que estaba situada frente a la ventana abierta. Las voces de la suave noche primaveral la llamaban, pero no eran escuchadas, como tampoco lo era el silbido de la Mujer Viento en los aleros. Y es que las hadas solo moran en el Reino de la Felicidad; no tienen alma, así que no pueden entrar en el Reino de la Tristeza.

Cuando su padre entró en la habitación, Emily estaba tumbrada inmóvil, con frío y sin lágrimas. Qué despacio caminaba... Qué despacio se quitó la ropa. ¿Cómo es que Emily no se había dado cuenta de esas cosas? Aunque la tos había desaparecido. Ay, ¿y si Ellen estaba equivocada? Y si... Un feroz golpe de esperanza le atravesó el corazón doliente. Soltó un leve grito ahogado.

Douglas Starr se acercó a la cama de Emily, quien sintió la amada cercanía de su padre cuando este se sentó en la silla junto a ella, con su vieja bata roja. ¡Ay, cuánto lo quería! No había en el mundo otro padre como él y nunca lo habría, una persona tan dulce, tan comprensiva y maravillosa. Siempre habían sido amigos del alma, se habían querido con locura. Le parecía imposible que se fuesen a separar.

—¿Estás dormida, preciosura?

—No —susurró Emily.

—¿Te estás durmiendo, mi niña?

—No, no, no tengo sueño.

Douglas Starr la cogió de la mano y se la apretó con fuerza.

—Tengamos entonces nuestra buena conversación, cielo, que yo tampoco puedo dormir y quiero decirte una cosa.

—Ay... lo sé... Ya lo sé. Ay, Padre, si ya lo sé. Ellen me lo ha contado.

Douglas Starr se quedó callado un momento, antes de susurrar:

—Vieja imbécil, vieja imbécil y gorda...

Como si la gordura de Ellen fuera un agravante más para su imbecilidad.

De nuevo, y por última vez, Emily tuvo la esperanza de que quizá todo fuese un terrible error, solo una más de las imbecilidades de la gordura de Ellen.

—Pero... no es cierto, ¿verdad, Padre? —susurró.

—Emily, chiquita, yo no tengo fuerzas apara cogerte... Ven y siéntate en mis rodillas, como hacíamos antes.

Emily salió de la cama y se sentó en las rodillas de su padre. Él la envolvió con la vieja bata y la abrazó, apoyando su cara contra la de ella.

—Chiquita mía... Mi pequeña Emily, sí que es verdad. Quería contártelo yo mismo esta noche. Y resulta que la majadera de Ellen te lo ha dicho ya, a lo bruto, seguro, y te habrá hecho muchísimo daño. Es que tiene el cerebro de una gallina y la sensibilidad de una vaca. ¡Que los chacales mancillen la tumba de su abuela! Yo no te habría hecho ningún daño, cielo.

Emily consiguió tragarse algo que trataba de asfixiarla.

—Padre, no puedo... no puedo soportarlo.

—Sí, claro que puedes, y lo harás. Seguirás con tu vida para hacer algo importante, estoy convencido. Tú tienes mi don, aparte de algo que yo nunca he tenido. Alcanzarás el éxito donde yo fracasé, Emily. No he sido capaz de hacer mucho por ti, corazón mío, pero he hecho todo lo que he podido. Creo haberte enseñado alguna que otra cosa, a pesar de Ellen Greene. Emily, ¿te acuerdas de tu madre?

—Un poco... Algunas cosas... Como pedacitos de sueños maravillosos.

—Solo tenías cuatro años cuando murió. Nunca te he hablado mucho de ella, y es que no podía, pero esta noche voy a contártelo todo. Ya no me hace daño hablar de ella; muy pronto volveré a verla. No te pareces en nada a tu madre, Emily, salvo cuando sonríes. Por lo demás, eres como tu tocaya, mi madre. Cuando naciste yo quería llamarte Juliet, pero tu madre no. Decía que si te llamábamos Juliet al poco tiempo empezaría a llamarla a ella «madre» para distinguirla de ti y eso no lo soportaría. Me contó que su tía Nancy le había dicho una vez: «El día en que tu esposo te llame “madre” se habrá acabado el romanticismo en tu vida». Así que te pusimos el nombre de mi madre; su nombre de soltera era Emily Byrd. Tu madre pensaba que Emily era el nombre más bonito del mundo, que era pintoresco, travieso y encantador, decía ella. Emily, tu madre era la mujer más dulce que haya existido nunca.

La voz le sonaba temblorosa y Emily se acurrucó más cerca de él.

—La conocí hace doce años, cuando yo trabajaba de corrector en el *Enterprise*, en Charlottetown, y ella cursaba su último año en la Queen's Academy. Era alta y rubia, de ojos azules. Se parecía un poco a tu tía Laura, aunque Laura nunca fue tan guapa; tenían los ojos y la voz muy similares. Era de los Murray de Blair Water. Nunca te he hablado mucho sobre la familia de tu madre, Emily. Viven en la vieja costa norte, en la Granja Luna Nueva de Blair Water. Allí han vivido siempre desde que el primer Murray llegó del Viejo Mundo, en 1790, y le puso a su granja el nombre del barco en el que viajó, el *Luna Nueva*.

—Es un nombre bonito. La luna nueva es algo precioso —dijo Emily, a quien por un momento se le había despertado el interés.

—Desde entonces, siempre ha habido un Murray en la Granja Luna Nueva. Son una familia orgullosa. El orgullo de los Murray es famoso en toda la costa norte, Emily. Bueno, no se puede negar que tienen cosas de las que enorgullecerse, aunque llevan el asunto muy lejos. Por allí arriba la gente los llama «el pueblo elegido».

»Crecieron y se multiplicaron, y se repartieron por toda la región, aunque la vieja estirpe de la Granja Luna Nueva está más bien extinta. Allí solo viven ya tus tías Elizabeth y Laura, con su primo Jimmy Murray. Nunca se casaron; no consiguieron encontrar a nadie lo bastante bueno para una Murray, como solía decirse. Tu tío Oliver y tu tío Wallace viven en Summerside, tu tía Ruth, en Shrewsbury y tu tía abuela Nancy, en Priest Pond.

—Priest Pond suena interesante... No es un nombre bonito como Luna Nueva y Blair Water, pero sí es interesante —dijo Emily.

Sentir los brazos de su padre alrededor de ella había hecho desaparecer momentáneamente el horror y, durante solo un instante, había dejado de creer que fuera verdad.

Douglas Starr acurrucó la bata un poco más en torno a su hija, le besó la cabeza de pelo negro y prosiguió:

—Elizabeth, Laura, Wallace, Oliver y Ruth son hijos del viejo Archibald Murray y su primera esposa. Con sesenta años, Archibald volvió a casarse con una jovencita muy menuda que murió al nacer tu madre. Juliet tenía veinte años menos que su media familia, como ella los llamaba. Era guapísima y encantadora; todos la querían, la consentían y estaban muy orgullosos de ella. Cuando se enamoró de mí, un periodista joven y pobre, con nada en el mundo más que su pluma y su ambición, hubo un terremoto en la familia. El orgullo de los Murray no podía tolerar algo así, de ninguna manera. No me voy a poner a desenterrarlo todo ahora, pero se dijeron cosas que nunca he podido olvidar ni perdonar. Tu madre se casó conmigo, Emily... Y en Luna Nueva no quisieron saber nada más de ella. ¿Puedes creerte que, pese a ello, nunca se arrepintió de haberlo hecho?

Emily alzó la mano y acarició la mejilla hundida de su padre.

—Y cómo se iba a arrepentir. Cómo no iba a preferir tenerte a ti que a todos los Murray de todos los tipos de luna.

Padre se rio un poco y esa sonrisa albergó un tono triunfal.

—Sí, parecía que era eso lo que sentía. Y éramos tan felices, ay, Emily mía, nunca hubo dos personas más felices en el mundo y tú fuiste el fruto de esa felicidad. Recuerdo la noche en la que

naciste en la pequeña casa de Charlottetown. Era mayo y soplaban un viento del oeste que cubría la luna de nubes plateadas. Había una o dos estrellas aquí y allá. Nuestro pequeño jardín (todo lo que teníamos era pequeño, salvo nuestro amor y nuestra felicidad) estaba oscuro y en flor. Recorrí arriba y abajo el sendero que separaba los parterres de violetas que tu madre había plantado. Y recé. El pálido este empezaba a brillar como una perla rosada cuando alguien llegó y me dijo que había tenido una niña. Cuando entré, tu madre, blanca y débil, sonrió con esa sonrisa encantadora, lenta y maravillosa que a mí me fascinaba y dijo: «Tenemos... el único... bebé... que importa... en el mundo, cariño... ¡Date cuenta!».

—Ojalá la gente pudiera recordar el momento en el que nace. Sería de lo más interesante —comentó Emily.

—Me atrevería a decir que tendríamos un montón de recuerdos incómodos —le dijo el padre riéndose un poco—. No tiene que ser muy agradable acostumbrarse a vivir, no más agradable que acostumbrarse a dejar de hacerlo, aunque a ti no pareció costarte mucho; eras una cría muy buena, Emily. Tuvimos otros cuatro años de felicidad y entonces... ¿Recuerdas cuando murió tu madre, Emily?

—Recuerdo el funeral, Padre. Lo recuerdo con toda claridad. Tú estabas de pie en mitad de una habitación y me tenías en brazos, y madre estaba tumbada delante de nosotros en una caja larga y negra. Y tú llorabas y yo no sabía por qué, y me preguntaba por qué madre estaba tan blanca y no abría los ojos. Me incliné y le toqué la mejilla; ay, estaba tan helada... Me dio un escalofrío. Y alguien en la habitación dijo: «Pobrecilla», y a mí me dio miedo y escondí la cabeza en tu hombro.

—Sí, lo recuerdo. Tu madre murió muy de repente, pero mejor no hablemos de eso. Los Murray vinieron todos al funeral. Los Murray tienen ciertas tradiciones y las cumplen a rajatabla. Una de ellas es que para iluminar Luna Nueva solo usan velas y otra, que ninguna disputa debe perdurar más allá de la tumba. Vinieron cuando estaba muerta y, de haberlo sabido, habrían venido estando tu madre enferma, eso tengo que reconocerlo. Se

comportaron muy bien, muy, muy bien; no parecían los Murray de Luna Nueva. Tu tía Elizabeth llevó su mejor vestido de raso negro al funeral; para cualquier funeral que no hubiese sido de un Murray habría valido el segundo mejor. Y no pusieron grandes objeciones cuando les dije que tu madre se enterraría en la parcela de los Starr, en el cementerio de Charlottetown. A ellos les habría gustado llevarla de vuelta al viejo cementerio de los Murray en Blair Water (tenían su propio cementerio, claro, no iban a ir a uno cualquiera). Pero tu tío Wallace admitió generosamente que una mujer debía pertenecer a la familia de su esposo tanto en muerte como en vida. Entonces se ofrecieron a llevarte con ellos y criarte, a «darte el lugar de tu madre». Me negué a permitirselo. ¿Hice lo correcto, Emily?

—Sí, sí, sí —susurró Emily dándole un abrazo a cada «sí».

—Le dije a Oliver Murray (fue él quien me habló de ti) que mientras viviese no me iba a separar de mi hija y él me respondió: «Si alguna vez cambias de idea, háznoslo saber». Pero no cambié de idea, ni siquiera tres años después, cuando el médico me dijo que tenía que dejar de trabajar. «Si no lo haces, te doy solo un año. Si lo haces y pasas todo el tiempo que puedas al aire libre, te doy tres o quizá cuatro». Fue un buen profeta. Me vine aquí y hemos pasado cuatro años maravillosos juntos, ¿verdad, pequeña mía?

—Sí, claro que sí.

—Esos años y lo que te he enseñado en este tiempo son el único legado que puedo dejarte, Emily. Hemos estado viviendo con unos ingresos muy escasos de una finca que me dejó en usufructo un tío que murió antes de casarme. La finca ahora irá a la beneficencia y esta casita es alquilada. Desde un punto de vista material, he sido un fracaso, sin duda. Pero estoy seguro de que la gente de tu madre cuidará de ti; lo garantiza el orgullo de los Murray, si no algo más. Y no podrán evitar quererte. Quizá debería haberlos mandado llamar antes, quizá debería hacerlo ya. Pero yo también tengo algo de orgullo. Los Starr mantene-  
mos algunas tradiciones y los Murray me dijeron cosas muy duras

cuando me casé con tu madre. ¿Mando noticias a Luna Nueva y les pido que vengan, Emily?

—No —respondió la niña casi con ferocidad.

No quería que nadie se interpusiera entre su padre y ella los pocos y preciosos días que les quedaban. La idea le parecía horrible. Ya sería bastante malo que acudiesen más adelante, aunque para entonces a Emily ya no le importaría demasiado.

—Pues estaremos juntos hasta el final, mi pequeña Emily. No nos separaremos ni un minuto. Y quiero que seas valiente, no tengas miedo de nada, Emily. La muerte no es tan horrible. El universo está lleno de amor y la primavera llega a todas partes, y en la muerte se cierra una puerta para abrirse otra, que da paso a unas cosas preciosas. Allí me encontraré con tu madre. He dudado de muchas cosas, pero de eso, nunca. A veces he tenido miedo de que tu madre se me hubiese adelantado tanto en los caminos de la eternidad que nunca pudiera alcanzarla, pero ahora siento que me ha estado esperando. Y los dos te esperaremos a ti... No tendremos prisa... Nos entretendremos y nos quedaremos mero-deando hasta que nos des alcance.

—Ojalá... pudieras llevarme al otro lado de esa puerta contigo —susurró Emily.

—Dentro de poco no pensarás así. Aún tienes que aprender lo bueno que es el tiempo. Estoy seguro de que la vida tiene algo guardado para ti. Sigue adelante y descúbrela sin miedo, cielo. Sé que ahora mismo no eres capaz de sentir nada de eso, pero tarde o temprano recordarás mis palabras.

—Lo que ahora siento es que ya no aprecio nada a Dios —confesó Emily, incapaz de soportar la idea de ocultarle algo a su padre.

Douglas Starr se echó a reír, con la risa que más le gustaba a Emily. Era una risa de lo más adorable, tanto que la dejaba sin aliento. Sintió los brazos de su padre apretándola.

—Claro que Lo aprecias, cielo. No puedes evitar apreciar a Dios. Es el Amor en sí mismo. Pero no vayas a confundirlo con el Dios de Ellen Greene.

Emily no sabía exactamente lo que su padre quería decir, pero

de repente se dio cuenta de que ya no sentía miedo, la amargura había desaparecido de su tristeza y el dolor insoportable se había ido de su corazón. Sentía como si estuviese llena y rodeada de un amor exhalado por alguna ternura enorme e invisible que se cernía sobre ella. Nadie podía sentir miedo ni amargura cuando había amor y el amor estaba en todas partes. Padre iba a atravesar una puerta... No, iba a descorrer una cortina (esa idea le gustaba más, porque una cortina no era tan dura ni rápida como una puerta) y se iba a deslizar hacia el mundo del que ella había podido ver algunos retazos gracias al destello. Y Padre estaría allí, entre toda esa belleza, nunca muy lejos de Emily. Sería capaz de soportar cualquier cosa mientras sintiera que Padre no estaba muy lejos, sino allí, al otro lado de esa cortina temblorosa.

Douglas Starr la tuvo en brazos hasta que se quedó dormida y entonces, pese a su debilidad, consiguió tumbarla en su camita.

—Amará profundamente y sufrirá en lo más hondo, y tendrá momentos gloriosos para compensarlo, como los he tenido yo. Según la trate la familia de su madre, que así Dios proceda con ellos —murmuró con voz entrecortada.

## UNA EXTRAÑA EN LA FAMILIA



Douglas Starr vivió dos semanas más. Años después, cuando el dolor había desaparecido de la remembranza de esos días, Emily los consideraría sus recuerdos más preciados. Fueron unas semanas preciosas, preciosas y nada tristes. Una noche, mientras estaba tumbado en el sofá de la sala de estar, con Emily junto a él en el viejo sillón orejero, Padre atravesó la cortina... Se fue de un modo tan silencioso y suave que Emily no se enteró de su marcha hasta que de repente notó una extraña quietud en la habitación, donde no se oía otra respiración más que la suya propia.

—Padre... ¡Padre! —exclamó antes de llamar a gritos a Ellen.

Cuando los Murray llegaron, Ellen Greene les dijo que, teniendo todo en cuenta, Emily se había comportado muy bien. A decir verdad, se había pasado toda la noche llorando y no había dormido nada; ninguno de los vecinos de Maywood que acudieron amablemente para ayudar logró reconfortarla. No obstante, cuando llegó la mañana ya había derramado todas sus lágrimas. Estaba pálida, callada y dócil.

—¿Ves qué bien? Es lo que pasa cuando una está bien preparada. Tu padre se puso como loco conmigo por habértelo advertido y desde entonces no estuvo nada cortés... Y eso que era un moribundo. Pero no le guardo rencor ninguno. Yo hice lo que tenía que hacer. La señora Hubbard te está arreglando un vestido negro; lo tendrá listo para la hora de la cena. La familia de

tu madre llega esta noche, o eso han dicho en un telégrafo, y mi obligación es que te encuentren con un aspecto respetable. Son gente de dinero y se encargarán de mantenerte. Tu padre no ha dejado ni un céntimo, aunque tampoco hay deudas, eso hay que reconocérselo. ¿Has ido a ver el cuerpo?

—¡Que no lo llames así! —le gritó Emily con una mueca de dolor.

Le resultaba horrible oír que llamaran a su padre de ese modo.

—¿Por qué no? ¡Es que mira que eres rarita! Pues se ha quedado un cuerpo con mucho mejor aspecto de lo que yo pensaba, con lo consumido que estaba. Desde luego siempre fue un hombre guapo, aunque demasiado canijo.

—Ellen Greene —espetó Emily de repente—, si vuelves a decir alguna vez ese tipo de cosas de mi padre te echaré la maldición negra.

Ellen Greene la miró fijamente.

—No sé qué demonios estás diciendo, pero esas no son maneras de hablarme después de todo lo que he hecho por ti. Será mejor que los Murray no te oigan hablar así o no querrán tener mucho trato contigo. ¡La maldición negra! Bonita forma de estar agradecida.

A Emily le escocían los ojos. No era más que una criaturita sola, solitaria, y sentía que no tenía amigos, pero no se arrepentía para nada de lo que le había dicho a Ellen y no iba a fingir que así era.

—Ven aquí y ayúdame a fregar estos platos —le ordenó Ellen—. Te hará bien tener la cabeza ocupada y parar de ir echando maldiciones a la gente que se ha dejado las manos en carne viva trabajando por ti.

Emily, con una mirada elocuente a las manos de Ellen, se acercó y cogió el paño para secar los platos.

—Tienes las manos bien gordas y rollizas. No se te ven en carne viva precisamente.

—Qué te parece, y encima replicando. Eso está muy feo, con tu pobre padre muerto ahí. Como te vayas con tu tía Ruth pronto se te quitará todo eso.

—¿Me voy a ir con la tía Ruth?

—No lo sé, pero deberías. Es viuda, sin niños ni perro que le ladre, y adinerada.

—No creo que quiera irme con la tía Ruth —dijo Emily en un tono deliberado tras reflexionar un momento.

—Bueno, seguramente no podrás elegir. Deberías dar gracias de tener una casa, cualquiera que sea. Recuerda que no eres nadie importante.

—Soy importante para mí misma —gritó Emily orgullosa.

—Criarte será toda una faena —masculló Ellen—. Para mí, tu tía Ruth es la única que puede hacerlo. Ella no va a tolerar tontearías ningunas. Una mujer muy refinada que es, y la ama de casa más pulcra de la Isla del Príncipe Eduardo. Tiene los suelos que se puede comer en ellos.

—Yo no quiero comer en sus suelos. No me importa que los suelos estén sucios siempre que el mantel esté limpio.

—Bueno, me figuro yo que los manteles también estarán limpios. Tiene una elegante casa en Shrewsbury, con ventanas en voladizo y moldura de madera en todo el derredor del tejado, con mucho estilo. Sería un buen hogar para ti. Te enseñará a tener algo de juicio y te hará muchísimo bien.

—Yo no quiero aprender a tener juicio ni que me hagan bien —gritó Emily con el labio tembloroso—. Yo... yo lo que quiero es alguien que me quiera.

—Pues tendrás que comportarte si quieres que la gente te aprecie. Aunque no es que tú tengas tanta culpa... Tu padre te echó a perder. Se lo dije una y otra vez, pero lo que hacía era reírse. Espero que ahora no se arrepienta. La cosa, Emily Starr, es que eres una niña rara, y la gente no le coge cariño a los niños raros.

—¿Rara por qué?

—Hablas raro y te comportas raro y, a veces, tienes una pinta rara. Y eres demasiado mayor para tu edad. Aunque eso no es culpa tuya. Te pasa por no estar nunca con otros niños. Siempre he peleado con tu padre para que te mandara a la escuela, que aprender en casa no es lo mismo. Pero nunca me escuchaba, cla-

ro. Yo solo digo que tendrás todo el conocimiento de los libros que haga falta, vale, pero que lo que necesitas es aprender a ser como los demás niños. Por una parte te convendría irte con el tío Oliver, porque tiene una familia grande. Pero no está tan bien situado como el resto, así que no creo que sea posible. Quizá con tu tío Wallace sí, ya que él se considera el cabeza de la familia. Solo tiene una hija ya criada. Pero su esposa está delicada, o le parece que lo está.

—Ojalá me vaya con la tía Laura —replicó Emily.

Recordaba que Padre le había contado que la tía Laura se parecía a su madre.

—¡La tía Laura! Esa no tiene ni voz ni voto. Elizabeth es la que manda en Luna Nueva. Jimmy Murray se encarga de la granja, pero según me han contado algo le falla...

—¿Qué le falla? —preguntó Emily curiosa.

—Pues niña, que le pasa algo en la cabeza. Es un poco simple; por lo que he oído tuvo un accidente o algo cuando era joven y se quedó atolondrado. Y Elizabeth tuvo algo que ver, aunque nunca he sabido la historia con detalles. No creo que la gente de Luna Nueva quiera bregar contigo. Ellos son muy suyos. Tú hazme caso y procura agradar a tu tía Ruth. Sé educada y pórtate bien. Lo mismo así te coge cariño. Ea, ya están todos los platos. Ahora mejor sube y quítate de en medio.

—¿Puedo llevarme a Mike y a Saucy Sal?

—No, de eso nada.

—Me harían compañía —suplicó Emily.

—Por mucha compañía que te hagan no puedes llevártelos. Están fuera y fuera se quedan. No los voy a tener ensuciando toda la casa. El suelo está fregado.

—¿Por qué no fregabas el suelo cuando Padre vivía? Le gustaba que las cosas estuvieran limpias y no lo fregabas casi nunca. ¿Por qué lo haces ahora?

—¡Mírala! ¿Iba a estar yo fregando todo el rato con el reúma que tengo? Vete para arriba y échate un rato.

—Voy a irme arriba, pero no a acostarme. Tengo mucho en lo que pensar.

—Te voy a dar un consejo —le dijo Ellen, decidida a no perder oportunidad alguna de cumplir con su deber—: más te vale arrodillarte y pedirle a Dios ser una niña buena, respetuosa y agradecida.

Emily se detuvo a los pies de las escaleras y miró hacia atrás.

—Padre me dijo que no me mezclara con tu Dios —le espetó muy seria.

Ellen soltó un grito ridículo, aunque no se le ocurrió ninguna réplica para aquella afirmación pagana. Imploró al universo.

—Pero ¿se habrá oído alguna vez algo similar?

—Sé cómo es tu Dios. He visto Su retrato en ese libro tuyo de Adán y Eva. Tiene barba y bigote y lleva un camisón. Él no me cae bien, pero el Dios de Padre sí.

—¿Y cómo es el Dios de tu padre, si puede saberse? —reclamó Ellen con sarcasmo.

Emily no tenía ni idea de cómo era el Dios de Padre, pero estaba decidida a no dejarse amedrentar por Ellen.

—Es claro como la luna, rubio como el sol y terrible como un ejército con estandartes —respondió triunfante.

—Vaya, por lo visto tienes que tener siempre la última palabra, pero los Murray te enseñarán cómo son las cosas —concluyó Ellen abandonando la discusión—. Son presbíteros estrictos y no se rigen por ninguna de las ideas espantosas de tu padre. Vete arriba.

Emily subió a la habitación sur inundada por la desolación.

—Ya no queda nadie en el mundo que me quiera —dijo mientras se acurrucaba en la cama junto a la ventana.

Pero estaba decidida a no llorar. Los Murray, que habían odiado a su padre, no debían verla llorar. Sentía que los detestaba a todos, salvo quizá a la tía Laura. ¡Cuán grande y vacío se había tornado de pronto el mundo! Ya nada le resultaba interesante. No importaba que el pequeño manzano achaparrado entre Adán y Eva hubiese adoptado una belleza de rosa y nieve; ni que los montes de más allá de la hondonada fueran de seda verde y estuviesen cubiertos por una niebla púrpura; ni tampoco que hubiesen brotado los narcisos del jardín; ni que los abedules estuvieran

lentos de borlas doradas; ni que la Mujer Viento soplasen nubes jóvenes por todo el cielo. Nada de eso representaba encanto alguno ni consuelo para ella y, en su inexperiencia, Emily creía que nunca volvería a hacerlo.

—Pero le prometí a Padre que sería valiente —susurró, apretando sus pequeños puños—. Y lo seré. No voy a dejar que los Murray vean que les tengo miedo. No les voy a tener miedo.

Cuando se oyó el lejano silbido del tren de la tarde más allá de los montes, el corazón de Emily comenzó a latir con fuerza. Entrelazó las manos y alzó el rostro.

—Por favor, ayúdame, Dios de Padre... no de Ellen. Ayúdame a ser fuerte y a no llorar delante de los Murray.

Al poco, se oyó abajo el ruido de unas ruedas y voces... Unas voces que hablaban altas y decididas y, a continuación, Ellen subió jadeando las escaleras con el vestido negro (una prenda sordida de lana merina barata).

—La señora Hubbard lo ha traído terminado justo a tiempo, gracias a Dios. Por nada del mundo iba a dejar yo que te presentaras ante los Murray sin ir vestida de negro. No podrán decir que no he cumplido. Ya están todos aquí: los de Luna Nueva, Oliver y su esposa, tu tía Addie, Wallace y su esposa, tu tía Eva y tu tía Ruth, la señora Dutton, que es como se llama. Ea, ya estás lista. ¡Vamos!

—¿Y no puedo ponerme mi collar de cuentas venecianas? —preguntó Emily.

—¡Habrase visto! ¡Cuentas venecianas con un vestido de luto! ¡Vergüenza debería darte! ¿Acaso es momento ahora de ponerse vanidosa?

—¡No es por vanidosa! Padre me regaló ese collar las Navidades pasadas... Y además, quiero que los Murray vean que tengo algo.

—Déjate ya de tonterías. Vamos te he dicho. Y cuida tus formas. Buena parte va a depender de la impresión que les causes.

Emily bajó las escaleras rígida, delante de Ellen, y entró en el salón. Había ocho personas allí sentadas y, de inmediato, sintió la mirada crítica de dieciséis ojos extraños. Tenía un aspecto

muy pálido y desangelado con ese vestido negro y sus ojos lucían demasiado grandes y hundidos por las sombras púrpuras que le habían dejado las lágrimas. Era muy consciente del miedo atroz que sentía, pero no iba a permitir que los Murray lo notaran. Mantuvo la cabeza alta y se enfrentó valerosa a la terrible experiencia que tenía por delante.

—Este —dijo Ellen cogiéndola del hombro para que se diese la vuelta— es tu tío Wallace.

Emily se estremeció y le tendió una mano fría. Supo al instante que el tío Wallace no le caía bien. Era una persona oscura, adusta y fea, con el ceño fruncido y erizado y una boca severa y nada compasiva; debajo de los ojos tenía unas bolsas enormes y lucía unas patillas de pelo negro muy bien recortadas. En aquel momento y lugar, Emily decidió que no le gustaban las patillas.

—¿Qué tal, Emily? —le dijo él con frialdad, y con esa misma frialdad se inclinó y la besó en la mejilla.

Una repentina ola de indignación inundó el alma de Emily. ¿Cómo se atrevía a darle un beso? ¡Él, que odiaba a su padre y renegó de su madre! No estaba dispuesta a quedarse con ningún beso suyo. Rápida como un rayo, se sacó el pañuelo del bolsillo y se limpió la mejilla ultrajada.

—¡Vaya, vaya! —exclamó una voz desagradable desde el otro lado de la habitación.

El tío Wallace pareció querer decir algo grandilocuente, pero no se le ocurrió nada. Ellen refunfuñó desesperada y empujó a Emily hasta la persona sentada al lado.

—Tu tía Eva.

La tía Eva estaba acurrucada en un echarpe y tenía el rostro inquieto de una enferma imaginaria. Le dio la mano a Emily sin decir nada. Emily tampoco habló.

—Tu tío Oliver.

A Emily le gustó bastante la apariencia del tío Oliver. Era grande, gordo y de aspecto rosado y jovial. Pensó que no le importaría mucho que él le diera un beso, pese a su bigote blanco y erizado, pero el tío Oliver había aprendido la lección del tío Wallace.

—Te doy veinticinco centavos por un beso —le susurró él afablemente.

Bromear era la idea que tenía el tío Oliver de ser amable y simpático, aunque eso Emily no lo sabía y se lo tomó como un agravio.

—Yo no vendo mis besos —respondió levantando la cabeza con la misma altanería que podría mostrar cualquier Murray.

El tío Oliver soltó una risita. Parecía que aquello le había resultado gracioso y para nada ofensivo, pero Emily oyó que alguien resoplaba en la habitación.

A continuación vino la tía Addie. Era tan gorda, rosada y jovial como su esposo y le dio un buen apretón afable a la mano fría de Emily.

—¿Cómo estás, querida? —le dijo.

Ese «querida» conmovió a Emily y la descongeló un poquito. Sin embargo, la siguiente persona en el turno volvió a helar de inmediato a la niña. Era la tía Ruth. Emily lo supo antes de que Ellen se lo dijese y sabía que había sido ella la del «vaya, vaya» y la del resoplido. Reconoció los ojos fríos y grises, el pelo estirado de color castaño sin brillo, el porte bajo y rechoncho y la boca fina, apretada y cruel.

La tía Ruth le tendió las puntas de los dedos, pero Emily no las cogió.

—Dale la mano a tu tía —le dijo Ellen en un susurro de enfado.

—Ella no quiere darme la mano a mí —respondió Emily con claridad—, así que no pienso hacerlo.

Ruth volvió a plegar las manos despreciadas sobre su regazo de seda negra.

—Eres una niña muy mal educada, aunque claro, no se podía esperar otra cosa.

Emily sintió un repentino remordimiento. ¿Había ensombrecido la figura de su padre comportándose así? Quizá, después de todo, debería haberle dado la mano a la tía Ruth. Pero ya era demasiado tarde; Ellen le había dado un tirón para seguir.

—Este es tu primo, el señor James Murray —comentó Ellen

en el tono disgustado de la persona que se resigna a hacer un trabajo desagradable y está ansiosa por terminarlo.

—Jimmy, tu primo Jimmy —dijo aquel individuo.

Emily lo miró fijamente y le cayó bien de inmediato, sin reservas.

Tenía una cara pequeña y rosada, como la de un duende, con una barba gris bifurcada; el pelo se le rizaba en unos mechones muy poco propios de un Murray, de color castaño brillante; y los ojos, grandes y marrones, eran tan amables y sinceros como los de un niño. Le dio a Emily un buen apretón de mano, aunque mientras lo hacía miró de reojo a la mujer que tenía justo enfrente.

—¡Hola, chiquita! —le dijo.

Emily empezó a sonreírle. No obstante, como ocurría siempre su sonrisa tardó mucho en esbozarse y Ellen ya se la había llevado antes de que estuviese en todo su esplendor, por lo que fue la tía Laura quien recibió el beneficio. La mujer se sobresaltó y palideció.

—Es la sonrisa de Juliet —dijo casi sin voz.

Y la tía Ruth volvió a resoplar.

La tía Laura no se parecía a nadie de aquella habitación. Era más o menos guapa, con facciones delicadas y grandes bucles de un pelo rubio, liso y pálido, ligeramente grisáceo y muy bien sujeto con horquillas. Pero fueron sus ojos los que se ganaron a Emily. Eran unos ojos tan redondos y azules, tan azules; uno nunca se terminaba de reponerse del todo de aquel azul. Habló entonces con una voz suave y preciosa:

—Ay, mi niña, pobrecita. —Y rodeó a Emily para darle un dulce abrazo.

Emily se lo devolvió y sufrió un pequeño desliz en su determinación de no llorar delante de los Murray. Solo se salvó porque Ellen la llevó de repente a un rincón, bajo la ventana.

—Y esta es tu tía Elizabeth.

Sí, esa era la tía Elizabeth. Sin duda. Llevaba un vestido tieso de raso negro, tan tieso y sofisticado que Emily estaba segura de que era su mejor vestido, cosa que la agradó. Pensara lo que pen-

sara la tía Elizabeth sobre su padre, al menos le mostraba respeto poniéndose su mejor vestido. La tía Elizabeth lucía muy elegante con ese talle alto, fino y austero, unas facciones bien marcadas y una corona enorme de pelo gris oscuro bajo un gorro de encaje negro. No obstante, sus ojos, pese al tono gris azulado, eran tan fríos como los de la tía Ruth, y tenía la boca, larga y fina, apretada en un gesto serio. Bajo su mirada fría y apreciativa, Emily se replegó en sí misma y cerró la puerta de su alma. Le habría gustado agradar a la tía Elizabeth, que era la «jefa» de Luna Nueva, pero sentía que no podía hacerlo.

La tía Elizabeth le dio la mano y no dijo nada; la verdad era que no sabía qué decir. Elizabeth Murray no se habría sentido «turbada» ante el rey ni ante el gobernador general. El orgullo de los Murray la habría ayudado a pasar por ello. Sin embargo, se sentía alterada en presencia de esa niña ajena de mirada firme que ya había demostrado ser cualquier cosa menos dócil y humilde. Pese a que Elizabeth Murray nunca lo habría admitido, no quería terminar sufriendo un desaire como los de Wallace y Ruth.

—Ve al sofá a sentarte —le ordenó Ellen.

Emily se sentó en el sofá con la mirada clavada en el suelo; era una silueta pequeña, delgada, negra e indómita. Entrelazó las manos sobre el regazo y cruzó las piernas por los tobillos. Los Murray tenían que ver que sí tenía modales.

Ellen se había retirado a la cocina, agradeciendo al cielo que aquello hubiese terminado. A Emily no le caía bien Ellen, pero se sintió desolada cuando esta se hubo ido. Se encontraba sola compareciendo ante la opinión de los Murray. Habría dado lo que fuese por salir de aquella habitación. Aun así, en el fondo de su cabeza planeaba escribirlo todo en el diario. Sería interesante y podría describirlos a todos; sabía que podría. Tenía el término exacto para los ojos de la tía Ruth: «gris piedra», pues eran igual que las piedras, igual de duros y fríos e implacables. Entonces, una punzada le atravesó el corazón: Padre nunca podría volver a leer lo que ella escribiese en el diario.

De cualquier forma, sintió que le gustaría anotarlo todo. ¿Qué

sería lo mejor para describir los ojos de la tía Laura? Eran unos ojos tan bonitos... Calificarlos solo de azules era como no decir nada; cientos de personas tenían los ojos azules. Ah, ya lo tenía: «pozos de azul». Eso era.

Y entonces apareció el destello.

Era la primera vez que lo hacía desde la terrible noche en la que se había encontrado con Ellen en el umbral. Entonces pensó que nunca volvería a aparecer y ahora lo había hecho, en el lugar y en el momento más improbables. Emily había visto, con ojos distintos a los del sentido, el maravilloso mundo que se ocultaba tras el velo. La valentía y la esperanza le inundaron el alma fría y pequeña como una ola de luz rosada. Levantó la cabeza y miró a su alrededor impertérrita («con descaro», diría después la tía Ruth).

Sí, definitivamente escribiría sobre todos ellos en el diario, los describiría del primero al último: a la dulce tía Laura, al amable primo Jimmy, al adusto y viejo tío Wallace, al tío Oliver, con su cara de luna, a la imponente tía Elizabeth y a la detestable tía Ruth.

—Es una niña de aspecto delicado —dijo la tía Eva de repente con una voz inquieta y sin color.

—Bueno, no se podía esperar otra cosa —comentó la tía Addie, dando un suspiro que a Emily le pareció cargado de una importancia terrible—. Está demasiado pálida... Si tuviese un poquito de color no tendría tan mal aspecto.

—No sé a quién se parece —intervino el tío Oliver mirando fijamente a Emily.

—No es una Murray, eso es fácil de ver —afirmó la tía Elizabeth con determinación y desaprobación.

«Están hablando de mí como si yo no estuviese aquí», pensó Emily con el corazón henchido de indignación por tal indecencia.

—Tampoco diría que sea una Starr —dijo el tío Oliver—. Me parece que es más como los Byrd... Tiene el pelo y los ojos de su abuela.

—La nariz es la del viejo George Byrd —comentó la tía Ruth

en un tono que no dejaba dudas sobre su opinión acerca de la nariz de George.

—Y tiene la frente de su padre —aseguró la tía Eva, también con desaprobación.

—Tiene la sonrisa de su madre —afirmó la tía Laura, aunque tan bajo que nadie la oyó.

—Y las pestañas largas de Juliet. ¿No tenía Juliet unas pestañas muy largas? —dijo la tía Addie.

El aguante de Emily había llegado a su límite.

—Hacéis que me sienta como si estuviese hecha de recortes y parches —estalló indignada.

Los Murray se la quedaron mirando fijamente. Quizá sintieran algo de remordimiento; después de todo, no eran ogros, sino humanos, más o menos. En apariencia, a nadie se le ocurrió qué responder, y el impactante silencio lo rompió una risita del primo Jimmy: una risita entre dientes, en voz baja, llena de júbilo y sin un ápice de malicia.

—Así se hace, chiquita. Hazles frente y defiéndete.

—¡Jimmy! —exclamó la tía Ruth.

Jimmy se achantó.

Ruth miró a Emily.

—Cuando yo era pequeña no habría la boca hasta alguien me hablaba —le dijo.

—Si nadie abriera la boca hasta que otro le hablase, entonces no habría conversaciones —respondió Emily contenciosa.

—Y tampoco replicaba nunca —continuó la tía Ruth en tono severo—. En mis tiempos a las niñas se las educaba como era debido. Mostrábamos educación y respeto a nuestros mayores. Nos enseñaban cuál era nuestro lugar y ahí nos quedábamos.

—No creo que te divirtieras mucho —aseguró Emily antes de emitir un grito ahogado de horror.

No pretendía decir aquello en alto, solo pensarlo, pero estaba demasiado acostumbrada a pensar en alto delante de su padre.

—¡Divertirme! —dijo la tía Ruth impactada—. Cuando era una niña no pensaba en divertirme.

—No. Lo sé —respondió Emily muy seria.

Su voz y sus formas fueron totalmente respetuosas, ya que estaba ansiosa por expiar su lapsus involuntario. Pese a ello, la tía Ruth parecía querer darle un coscorrón; aquella niña la estaba compadeciendo, la insultaba al sentir lástima de ella por su infancia puritana e impecable. Era intolerable, sobre todo viniendo de un Starr. ¡Y ese abominable Jimmy otra vez riéndose entre dientes! Elizabeth debería controlarlo.

Por suerte, apareció Ellen Greene en esa coyuntura para anunciar que la cena estaba lista.

—Tú tendrás que esperar —le susurró a Emily—. No hay sitio para ti en la mesa.

Emily estaba encantada. Sabía que no iba a poder probar bocado bajo la mirada de los Murray. Sus tías y tíos salieron en fila muy tiesos, sin mirarla, salvo la tía Laura, que se giró en la puerta y le lanzó un pequeño beso furtivo. Antes de que Emily pudiera responderle, Ellen Greene había cerrado la puerta.

Emily se quedó sola en la habitación llena de sombras del crepúsculo. El orgullo que le había servido de sostén en presencia de los Murray de repente le falló y supo que se avecinaban lágrimas. Se fue directa a la puerta que había cerrada al fondo del salón, la abrió y entró. En el centro de esa habitacioncita que se usaba como dormitorio estaba el féretro de su padre cubierto de flores; también en eso los Murray habían hecho lo que correspondía, como en todo lo demás. A la cabeza se alzaba agresiva una enorme ancla de rosas blancas que había llevado el tío Wallace. Emily no podía ver el rostro de su padre, pues la tapaba el cojín de jacintos blancos y olor intenso de la tía Ruth, colocado sobre el cristal, y Emily no se atrevió a moverlo. No obstante, se acurrucó en el suelo y apoyó la mejilla contra el lateral pulido del ataúd. Al regresar de la cena, los Murray se la encontraron allí dormida. La tía Laura la levantó y dijo:

—Voy a llevar a la pobre niña a la cama. Está más que agotada. Emily abrió los ojos y miró soñolienta a su alrededor.

—¿Puedo llevarme a Mike? —preguntó.

—¿Quién es Mike? —dijo la tía Laura.

—Mi gato... el grande y gris.

—¡Un gato! —exclamó la tía Elizabeth impactada—. No puedes meter un gato en tu habitación.

—¿Por qué no? Solo una vez —suplicó Laura.

—De ninguna manera —sentenció la tía Elizabeth—. Un gato es lo más malsano que se puede meter en una estancia para dormir. Me sorprendes, Laura. Llévate a la niña a la cama y guarda que haya bastantes mantas. Hace frío esta noche. Y no quiero oír nada más de dormir con gatos.

—Mike es un gato limpio. Se lava él solo, todos los días —intervino Emily.

—Llévala a la cama, Laura —siguió la tía Elizabeth, haciendo caso omiso de Emily.

Laura cedió dócilmente. Llevó a Emily en brazos escaleras arriba, la ayudó a desvestirse y la metió en la cama. Emily tenía mucho sueño; aun así, antes de caer profundamente dormida, notó que un ronroneo suave, cálido y amigable se le acurrucaba bajo el hombro. La tía Laura había bajado a hurtadillas para buscar a Mike y subírselo. Elizabeth nunca se enteró y Ellen Greene no se atrevió a decir una palabra de protesta. Al fin y al cabo, ¿no era Laura una Murray de Luna Nueva?